

PISTAS PARA LA HOMILÍA

AGOSTO 6 DE 2006 (Propio 13)
LA TRANSFIGURACIÓN

COLECTA

Oh Dios, que en el santo monte revelaste ante testigos escogidos a tu muy amado Hijo, maravillosamente transfigurado, con vestiduras blancas y resplandecientes: Concede, en tu misericordia, que, librados de la inquietud de este mundo, contemplemos por fe al Rey en toda su hermosura; quien contigo, oh Padre, y contigo, oh Espíritu Santo, vive y reina, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO: (de epifanía): Porque en el misterio del Verbo hecho carne, Tú has hecho que una luz nueva brille en nuestros corazones, para darnos el conocimiento de tu gloria en la faz de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

LECTURAS

PRIMER LECTURA Éxodo 34:29-35

SALMO 99:5-9 (L.O.C. Pág. 622)

EPÍSTOLA 2Pedro 1:13-21

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 9:28-36

Celebra hoy la Iglesia universal la solemnidad de la Transfiguración del Señor. Todas las lecturas de hoy nos están mostrando ese aspecto glorioso de Dios que se revela definitivamente en Jesucristo.

La **Primera Lectura** nos describe el aspecto resplandeciente del rostro de Moisés después de sus contactos personales con Dios. Una forma de enseñar al pueblo que la comunicación con Dios tiene que llevar al hombre a una transformación total para que de ese modo, quienes tienen ese contacto con la divinidad se comprometan en la transformación de la realidad en que viven.

La **segunda lectura** tiene como intención alentar a los cristianos de las generaciones siguientes a la primera a la permanencia y fidelidad a su fe en Jesús, poniéndolos en guardia frente a posibles desviaciones. La certeza de la victoria total de Cristo se basa, entre otras cosas, en la Transfiguración, una especie de adelanto teológico de lo que Cristo es y representa para todos. No es que la Transfiguración haya de considerarse, sin más, un hecho histórico. Se trata, mejor, de una aceptación y muestra de lo que el Señor Jesús, el Hijo atestiguado por el Padre, es y significa para todos los cristianos. Lo de menos es que se diera una voz perceptible por los testigos; lo realmente importante es que Jesús es el Hijo de Dios y ha de volver a culminar su obra comenzada. Es importante esta mención de Jesucristo como fundamento de la vida presente del cristiano, de su fe, de su realidad histórica en conjunto y, a la vez, la tensión hacia el futuro, hacia la realización completa.

El **Evangelio** de Lucas que leemos este domingo, solemnidad de la Transfiguración del Señor, comienza diciéndonos que "*ocho días después de esta conversación, Jesús subió a un cerro a orar acompañado de Pedro, Santiago y Juan*". Nos preguntamos, ¿de qué conversación se trata?

Si miramos, un poco antes de este relato de la transfiguración, hay dos datos muy importantes. El evangelista Lucas nos narra que Jesús había preguntado a sus discípulos qué pensaba la gente a cerca de él. Los discípulos le responden lo que se murmuraba sobre su identidad, pero luego Jesús les dirige a ellos personalmente la pregunta: *¿ustedes, quién dicen que soy yo?* Y dice el evangelista que Pedro, respondiendo por todos, dijo: *“Tú eres el Mesías de Dios”*.

Sin embargo, Jesús sabe que la idea que sus discípulos tenían del Mesías, era todavía muy diferente a lo que él concebía como vocación mesiánica. Para los discípulos la idea del mesianismo era algo que se confundía con el triunfalismo de un supuesto enviado de Dios el cual debía venir entre tormentas, rayos y truenos a expulsar a los invasores de turno (en este caso a los romanos), a restaurar la exclusividad de Israel sobre el territorio y en fin a instaurar todas las instituciones del antiguo pueblo. Este mesías sería el amo y señor de Israel pero a través de los dirigentes político-religiosos de carne y hueso que frecuentemente son mencionados en los evangelios: el sumo sacerdote, los escribas, y los doctores de la Ley.

Por su puesto que un mesianismo de este tipo se reducía sólo a los intereses militaristas, guerreristas y de beneficio económico y religioso de unos cuantos. Para el resto del pueblo, para la gran mayoría, su situación no cambiaría para nada. Aquí es donde Jesús, como hijo de Dios encuentra el sentido de su vocación mesiánica. Si él de verdad quiere actuar como Mesías, como ungido, si de verdad quiere asumir con radicalidad el compromiso adquirido en su bautismo cuando recibió el Espíritu Santo y la confirmación expresa del Padre: *“Tú eres mi hijo amado, a quien he elegido”* tal como nos narra el mismo Lucas en Lc 3:21 y paralelos: Mt 3:16; Mc 1:9-11, si en verdad quiere realizar su vocación, entiende que no puede ser por la vía del triunfalismo, ni del militarismo ni mucho menos por la vía del nacionalismo; Jesús, al asumir su vocación de enviado, asume también que su tarea la tiene que realizar por la vía del anonadamiento, del servicio y de la entrega cotidiana de su propia vida en bien de los demás.

El segundo detalle importante antes del relato de la transfiguración es que una vez que Pedro ha hablado en nombre de todos confesándolo como el Mesías, Jesús anuncia que va a padecer mucho a manos de los poderosos de Jerusalén, y esto es motivo de escándalo para sus discípulos, que nunca se les había ocurrido que el Mesías tuviera que padecer, por eso Pedro intenta disuadirlo. El evangelista Lucas no nos cuenta este detalle, pero Mateo y Marcos sí nos narran el momento en el cual Pedro toma a Jesús aparte para hacerlo desistir de la idea de tener que pasar por el sufrimiento y, del mismo modo, estos dos evangelistas nos narran la recriminación de Jesús al modo de pensar del discípulo: *“apártate de mí Satanás porque piensas como los hombres y no como Dios”* (Mt 16:21-23; Mc 8:31-34).

La confesión de fe de Pedro -que habla en nombre de todos-, y el primer anuncio de Jesús de su propia pasión, está seguida por las condiciones para el discipulado: hay que negarse a sí mismo; hay que renunciar a todo facilismo, a todo egoísmo y, sobre todo, hay que olvidarse de los intereses particularistas para poder enfrentar de raíz los males de la injusticia y de todo aquello que atenta contra la instauración del reino de Dios entre nosotros.

Pero la vocación al discipulado no es sinónimo de vocación al sufrimiento y al dolor; bastantes dolores y sufrimientos tenemos que enfrentar cada día para pensar que Dios nos llama a través de su hijo a sufrir más todavía. No es casual el hecho de que los tres evangelistas coincidan en que después de estas enseñanzas, Jesús tome consigo a tres de sus discípulos, talvez los más testarudos y los que más se resistían a entender la manera como Jesús quería asumir el camino mesiánico, y los lleve al cerro, para orar y dejarles ver un anticipo de su propia glorificación.

El momento que nos describen los evangelistas como una transfiguración está rodeado de imágenes y símbolos tales como: el cerro, los personajes, Moisés y Elías, tres discípulos y la

nube de donde se escucha la voz del Padre re-confirmando a Jesús como a su hijo amado a quien pide que se le escuche. Todos los elementos que componen la escena, nos ayudan a entender mejor lo que cada evangelista quiso transmitir a su propia comunidad.

En la Biblia, el monte o el cerro, es símbolo del lugar del encuentro con Dios, así lo escuchamos en la primera lectura. Jesús sube al cerro para orar y mientras está orando, aparecen Moisés y Elías. Para el judaísmo, Moisés es el símbolo del legislador, fue él quien recibió la Ley de Dios para transmitirla al pueblo; Elías simboliza el profetismo. Tanto la legislación como la profecía estaban aún incompletas antes de Jesús. La presencia de estos personajes en este momento dialogando con Jesús, indican que tanto la legislación como la profecía adquieren en Jesús el cumplimiento y la plenitud totales. La nube representa la presencia indescriptible de Dios, y su voz, pronunciando las mismas palabras del momento del bautismo de Jesús, indican que en Jesús se cumple a cabalidad el proyecto del Padre. Los discípulos que están presentes, son el símbolo de cada uno de nosotros. Somos tercos y duros de corazón. Sentimos y somos concientes de que la realidad en que vivimos tiene que cambiar, que la experiencia de vida tanto personal como comunitaria tiene que ser diferente, somos posiblemente muy sensibles a la situación que vive nuestro pueblo, a sus necesidades, a su falta de oportunidades... pero muchas veces pretendemos que ese cambio tiene que venir de lo alto, nos da miedo el esfuerzo, la renuncia a nuestros propios intereses para ponernos efectivamente al servicio de la lucha por ese cambio que tanto anhelamos; somos como los discípulos que esperaban que el Mesías tenía que cambiar todo pero de una forma extraordinaria, triunfalista, mágica.

En las palabras de Pedro volvemos a sentirnos retratados. Pedro ha experimentado por un momento el gozo de la gloria de su Maestro y no se le ocurre otra cosa que insinuarle construir tres chozas para permanecer allí olvidándose de la inmensa tarea que queda por delante y sobre todo olvidándose del resto de sus hermanos. Si Jesús ha querido anticiparles lo que será su gloria, es para decirles que allí hay que llegar, pero primero hay que poner en juego la propia vida enfrentando en el diario vivir la injusticia que brota de todo lado. No es que Dios o que Jesús se hayan inventado el dolor o el sufrimiento o lo exijan como condición necesaria para demostrar que somos sus seguidores; el dolor, la persecución y la muerte son invención de todo aquel que se opone al proyecto del amor y de la justicia que Dios tiene con la humanidad. Jesús no vino a que lo mataran; Jesús vino a darle cumplimiento a la Ley, pero a la genuina ley de Dios; Jesús vino a mostrar el verdadero plan del Padre, a realizar con sus palabras y obras el verdadero fin al que está llamado cada ser humano; esto es, la libertad, la fraternidad, la solidaridad y el amor.

Muchos cristianos y muchas comunidades cristianas, caemos a veces en la misma tentación de Pedro, de preferir quedarnos contemplando la gloria de Cristo olvidándonos de los demás. En nuestro culto muchas veces dedicamos gran espacio a la alabanza, la contemplación y la adoración, pero dedicamos muy poco tiempo a definir como personas y como comunidad cuáles son los compromisos y las acciones concretas a las que la Jesús nos está llamando. Alabar, bendecir y adorar, no está mal, ese uno de los fines de nuestro culto y liturgia, pero eso no es todo. También tenemos por delante una realidad que nos desafía, unos retos que tenemos que asumir como cristianos, unas tareas que realizar al estilo de Jesús: es decir, con espíritu de transformación, con sentido de compromiso. Y todo eso estamos llamados a hacerlo con la firme convicción de que, al estilo de Jesús, nosotros y nuestras obras adquiriremos una glorificación completa pero sólo si asumimos y enfrentamos la realidad que vivimos sin escatimar esfuerzos, incluso dolor y muerte.

Roguemos a Jesús que ablande nuestros corazones y abra nuestras mentes para que sepamos ver y sentir la realidad tal como él la vio y la asumió. Amén.